

Este caso expresa la amenaza de que se inicie una “nueva era de tinieblas” de alcance global que repetiría con mayor intensidad la era de tinieblas que siguió al derrumbe del Imperio Romano en Europa occidental y a la llamada “nueva era de tinieblas” que azotó a Europa en el siglo 14.

En pocas palabras, la enormidad del crimen del príncipe, que coincide en estos momentos con la desintegración inminente que amenaza a los sistemas monetario y financiero mundiales, presagia el fin de un ciclo de 500 años y pico en la historia de la civilización europea. Para el historiador, semejante espectáculo ha de equipararse con los muchos ejemplos análogos de períodos finales de derrumbe dinástico que han caracterizado la historia conocida de cada cultura de este planeta, antes de la llegada del Renacimiento de la

civilización cristiana europea moderna. Ninguna dinastía de cultura alguna, por antigua o poderosa que haya sido, ha sobrevivido el fin de un ciclo dinástico semejante. Los Windsor no dan muestras de talento para convertirse en la excepción a la regla.

Ese hecho ayudará a los jurados reunidos a entender mejor que esta dinastía Windsor se convertirá muy pronto en una reliquia lastimosa, sea lo que fuere que hagamos o dejemos de hacer en este proceso. Nuestra tarea no es castigar a los Windsor (aunque quizá estemos apresurando su retiro), sino más bien actuar con mayor prudencia que la que haya demostrado cualquier cultura dominante anterior al final de cualquier época de crisis apocalíptica.

Nuestra labor será juzgada correctamente no por alguna boba sentencia al estilo Nuremberg que pudiéramos recomendar para el príncipe y sus cómplices. Vale la pena a este respecto reconocer, considerando cuántos millones de espectadores han tolerado crímenes de la naturaleza y el alcance de los que el príncipe ha cometido descaradamente, cuán poco bien duradero hicieron o cuán poco coraje político personal demostraron los tribunales de Nuremberg después de la Segunda Guerra Mundial. Schacht, formalmente exonerado, y von Knierem, de Auschwitz, apenas acababan de salir del escenario, y los banquillos de Nuremberg no bien terminaban de enfriarse, en 1961, cuando el príncipe y sus cómplices pusieron en marcha un plan más vasto y más malvado que cualquiera que se sepa que haya efectuado o concebido la pandilla de Hitler.

Este jurado ha de examinar correctamente los crímenes de la Casa de Windsor con los ojos de la historia. El del príncipe es un crimen de lo más monstruoso, pero más que nada es el síntoma de la enfermedad terminal de una civilización que ha tolerado la promoción conspicua de esas malvadas directrices y organizaciones. La esencia del asunto es que este príncipe es el instrumento de la decadencia de nuestra época y, de ese modo, un indicio de la ruina que le sobreviene ya a las instituciones mundiales carentes de la capacidad moral de sobrevivir. Es a esta enfermedad, no al mero síntoma, a lo que nuestra justicia debe enderezar sus poderes curativos.

Concluamos esta exposición inicial con lo siguiente:

La difícil tarea que plantean las pruebas ofrecidas es ésta: *¿pueden ustedes, los jurados, ante el hecho de que no hay solución al derrumbe de esta civilización bajo las reglas de conducta aceptadas por lo general en la actualidad, sentirse acicateados a descubrir los cambios radicales necesarios en los axiomas de elaboración de directrices, cambios que capaciten a la humanidad a reconstruir de inmediato la sociedad arruinada a partir de las ruinas de la dinastía derrumbada, sin pasar por la pesadilla intermedia de otra “nueva era de tinieblas”?*

Volveremos a un resumen de ese propósito en el epílogo de este proceso.

## Reconocimiento

Una parte importante de la investigación de este informe especial fue proporcionada por el productor irlandés de cine Kevin Dowling, productor e investigador de la película “El hombre elefante”, en 1989. En ella se denuncia el imperio mundial de T.H. Poon, el más famoso traficante de marfil de Hong Kong. Sadruddin Aga Khan, del World Wildlife Fund (WWF), dijo que esa película fue “esencial” en la campaña para salvar a los elefantes. Charles de Haes, director general del WWF, la calificó de “modelo del periodismo conservacionista”.

Sin embargo, al hacer la película, Dowling descubrió la sórdida realidad de lo que realmente hace el WWF y lo llevó a producir su siguiente película, “Diez peniques en el Panda”. En una campaña “sin precedentes” en la historia de la Independent Broadcasting Authority (IBA) de Gran Bretaña, se dice que el WWF gastó 350.000 dólares e intervino en la IBA para destruir o censurar la película. Iracundo, el príncipe Felipe acusó a Dowling de robarse sus memorandos confidenciales, con lo cual se demostró que Felipe trataba de encubrir una auditoría interna del WWF, el Informe Phillipson. En este informe especial se publican por primera vez extractos de ese informe, que resultó devastador para el WWF.

A pesar de la presión, la película se transmitió en las series británicas de televisión “The Cook Report”, en julio de 1990. Dowling está escribiendo actualmente lo que él mismo describe como “una nueva historia sensacional sobre la industria de la conservación”.